

do la fé lo principal y necesario, la razon, sin embargo, en muchos casos precede á la fé.» «No, dice en otro lugar; la recta razon no se aparta de la fé, no la abandona: la sirve como auxiliar.»

San Basilio distingue exactamente la Teología sagrada y la natural, y llama á las dos ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas; «ciencia que se adquiere, dice, no sólo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del universo.» San Juan Crisóstomo enseña que, además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los Profetas, y áun á la invencion de los libros; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles, y tan inteligibles, que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los más sublimes de sus Salmos, y contemplándolos decia absorto: «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine (1); cœli enarrant gloriam Dei (2).» El Apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros, que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre, y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh cuánto aprendieron en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina, descendian de la cumbre del Sinaí de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras; meditaban y desarrollaban los principios de la ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduría, los dones de su amor y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema le llama San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatan el espíritu y el corazon de sus oyentes y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que, inspiradas por el conocimiento del hombre

(1) Salm. iv, 7.

(2) Salm. xviii, 7.

y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nazianceno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustin! Teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podian no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios: para ser elocuentes necesitais la filosofía; bebedla en los escritos de los Santos Padres; como ellos, estudiad atentamente la doctrina cristiana, practicadla escrupulosamente, inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplacion del mundo visible; buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado, como le llaman los Santos Padres, y sereis profundos filósofos y oradores elocuentes, predicando una Religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; Religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé, y se amista suavemente con la recta razon (1);» porque léjos de nosotros el creer, decia San Agustin, que Dios aborrezca en el hombre el más precioso de los dones con que en el órden natural le ha enriquecido. «Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.»

LECCION IX.

Dé la literatura profana.

En las últimas lecciones hemos hablado de los estudios que son de primera y absoluta necesidad para el orador cristiano: el círculo que en ella hemos trazado es muy espacioso; más fuera de él hay todavía un anchuroso campo, el de la literatura profana; nombre que respecto de la elocuencia sagrada tomamos aquí tan sólo para clasificar á los escritores en eclesiásticos y no eclesiásticos. Antes de pasar adelante, debemos declarar que

(1) Riambourg. Escuela de París. Eclecticismo. París, 1837; tomo I, pág. 317.

ciertas obras pueden considerarse como pertenecientes á la literatura eclesiástica, aunque sus autores carezcan de la antigüedad y demás circunstancias que se requieren para ser contados entre los Padres y escritores eclesiásticos: tales son, por ejemplo, las obras de Fr. Luis de Granada, del venerable Avila, de Santa Teresa de Jesús, de Fr. Luis de León, de los Padres Estella, Puente y Chaide y otras del mismo género: éstas, por su reconocida ortodoxia y elocuencia, pueden y deben ser leídas por los jóvenes, quienes, con el fruto que de esta lectura recojan, quedarán ampliamente recompensados de su trabajo (1).

Por lo demás, no nos empeñaremos en indicar siquiera todos los autores de literatura y elocuencia profana que pudieran leer; nuestro trabajo sería imperfecto, y sin lograr el objeto, recargaríamos la memoria de nuestros lectores, y quizá resfriaríamos su ánimo con la perspectiva de una inmensa lectura: en materia tan vasta nos limitamos á consignar principios y á dar consejos; en lo cual podemos tomarnos alguna libertad, toda vez que escribimos para jóvenes inexpertos.

En opinión de San Agustín, el orador cristiano debe aprovechar para la defensa de la Religión todas las verdades que encuentre, donde quiera que sea, y aunque las halle en los escritos de los paganos: «Non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis

(1) Nuestro plan en estas lecciones no nos permite ocuparnos en el estudio de la elocuencia sagrada relativamente á nuestra patria. Mas aún cuando no apartamos la vista de los Santos Padres, creemos, sin embargo, deber copiar en esta nota la siguiente reflexion de un sacerdote muy conocido en el mundo sábio: «En España, dice, se observa en esta clase de literatura un fenómeno muy raro. Nuestros escritores religiosos son elocuentísimos en los libros que escribieron sobre la moral cristiana. En las obras de Granada, León, Avila, Puente y Chaide hay un repertorio admirable de pensamientos cristianos muy bien desenvueltos, con todos los adornos que puede admitir la elocuencia del púlpito, y con toda la mocion de que necesita. Pero estos mismos que predicaban tan bien en sus libros, cuando hablaban al pueblo, olvidaban, por decirlo así, su elocuencia, y se reducian al ministerio de un catequista. No podemos atribuir esta conducta sino al deseo de acomodarse á la capacidad del vulgo, generalmente muy poco instruido en España. Bossuet y Massillon, predicaron en la corte de Luis XIV; tenían por oyentes los hombres más sábios de su siglo. Nuestros Granadas y Chaides no tuvieron un teatro tan ventajoso, pero leían sus obras las personas más instruidas de España. Por eso escribieron mejor que predicaron. (LISTA: De la oratoria sagrada, ensayos literarios.)

possessoribus in usum nostrum vindicanda... debet ab eis auferre christianus ad usum justum prædicandi Evangelii.» El principio es verdadero; mas para que en la práctica sea provechoso, necesitan los jóvenes de los consejos de la prudencia: comenzaremos por proponerles el ejemplo y la conducta del gran Basilio.

El Santo Doctor, según el testimonio de su discípulo y constante amigo el Nazianceno, procuró ante todas cosas adquirir la virtud, la ciencia de las divinas Escrituras y la Teología: estudió también la gramática, la filosofía en todas sus ramificaciones; la historia, la poesía, la dialéctica, la retórica, y se dedicó al estudio de la elocuencia, auxilio indispensable para expresar convenientemente la doctrina: de la astronomía, geometría y ciencia de los números tomó únicamente las nociones que creyó necesarias para evitar las burlas y el menosprecio de los inteligentes; «ut non ab iis qui in ejusmodi rebus sciti ac eruditi sunt exagitaretur,» y prescindió de otros muchos conocimientos, como infructuosos para la piedad: «quidquid supererat, ut pietatis cultoribus infrugiferum, contempsit.» Dió el Santo Doctor la preferencia á los estudios necesarios, y respecto á los de mera utilidad, hizo los que creyó conducentes para el buen desempeño de su elevada misión: hé aquí la conducta que deben imitar los jóvenes oradores.

La eleccion de los estudios secundarios depende en gran parte de los talentos del que los ha de hacer, del tiempo que le vague, de la oportunidad de consultar autores selectos, y de otras circunstancias personales. Cualquiera que éstas sean, no debe el joven leer escritos que no sean recomendables por su elocuencia, y mucho más aún por su sana y pura doctrina; y para no exponerse á errar una eleccion que por su inexperiencia pudiera serle muy funesta, debe proceder con el consejo y bajo la direccion de maestros idóneos, porque en la literatura profana son muchos los escritos que, bajo el exterior de una elocuencia seductora, ocultan doctrinas ponzoñosas. ¡Cuántos jóvenes, con la buena fé ó con el pretexto de formar un lenguaje correcto, tragan insensiblemente el veneno que muy pronto devora su corazón y entenebrece su inteligencia! ¿Queréis condenar, se nos dirá, el estudio de las letras humanas? No por cierto, respondemos con San Juan Crisóstomo; lo que queremos es que ese estudio se haga con tal prudencia, que no se sacrifique la educa-

cion del corazón á la ilustración del espíritu, con riesgo de perder la una y la otra. «Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus, aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium, neu vivam obruamus animam... quid vero si... præter quam quod animam perdant nihil ad eloquentiam in schola proficiant (1).»

Mayor precaución necesita el joven que, teniendo tiempo de sobra, se dedique á la lectura de los clásicos paganos. No es oportuno entrar ahora en la cuestión que sobre esta materia fué debatida recientemente en la nación vecina; pero como el objeto que nos proponemos en estas lecciones es inclinar los jóvenes á que imiten la conducta de los Santos Padres, y éstos se sirvieron frecuentemente de la literatura pagana para defender la causa de la Religión, no podemos omitir algunas reflexiones sobre el particular. Vivian los Padres en una sociedad semipagana, y fué en ellos grande sabiduría el valerse de las mismas armas de sus enemigos para vencerlos, y de su propia doctrina para atraerlos al Cristianismo. Como prueba de la oportunidad y destreza con que manejaban aquellas armas, nos limitamos á citar la preciosa carta que San Agustín escribió á Marcelino recomendándole la moral del Evangelio, y los libros de oro de la *Ciudad de Dios*, escritos por el mismo Santo en defensa de la Reli-

(1) Grandes son, y muy lamentables, los estragos que están haciendo en el corazón y en la inteligencia de la juventud el folletín, el romance y la novela: el menor mal que su lectura puede ocasionar es la pérdida de un tiempo precioso, y aquel decaimiento y distracción de espíritu que experimentó nuestra ilustre compatriota Santa Teresa de Jesús, según la misma nos lo refiere con candorosa humildad:

«Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras: porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí... Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comencé á enfriar los deseos y comencé á faltar en lo demás; y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en ésta me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en este podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quería que nadie ofendiera á Dios por mí.» (*Vida de la Santa*, escrita por la misma, cap. II, núm. 1.º)

gion cristiana. Tan convencidos estaban aquellos grandes apologistas de la utilidad y aun necesidad de este método, que Lactancio censuró á San Cipriano porque en su libro contra Demetriano se sirvió de la Sagrada Escritura, cuya autoridad no reconocía su adversario, á quien debía haber argüido, dice, con los testimonios de los autores paganos: «Id est philosophorum et historicorum, ut suis potissimum refutaretur auctoribus.»

No recordamos que otros Padres hayan tratado esta cuestión tan exprofeso como Lactancio y San Basilio, San Agustín y San Jerónimo. Acusado este último de que citaba muy á menudo pasajes de los autores paganos, vindicó su conducta en una carta dirigida á Magno, abogado romano: escrito eruditísimo en el que aduce el ejemplo de los escritores sagrados y el de los Santos Padres: «Nunquam hoc quæreres... si Scripturas Sanctas legeres; si interpretes earum... evolveres.» Cita varios lugares de la Sagrada Escritura donde se alegan dichos de los autores paganos; y con una erudición que asombra, forma el catálogo de los Santos Padres y escritores eclesiásticos que en los tiempos anteriores habían defendido la Religión con el testimonio de los escritores de la gentilidad.

Es de notar, sin embargo, que el mismo San Jerónimo, y también San Agustín, conocieron que esta arma no era ya tan necesaria en su tiempo como lo había sido en los anteriores: recomendamos á los jóvenes la lectura de la carta que San Agustín escribió á Dióscoro, que le había pedido le explicase algunos pasajes de Cicerón. Aunque las necesidades de la época aconsejaban á los Santos Padres la conducta que observaron, eran, no obstante, más parcos en estas citas cuando predicaban al pueblo que cuando escribían contra los gentiles. Hoy han cambiado las circunstancias, y ha debido cambiar también de rumbo la controversia cristiana: sólo con mucha parsimonia y grande oportunidad pueden repetirse en el púlpito las palabras de los escritores paganos, pues el hacerlo con frecuencia denotaría un gusto pésimo.

Por lo demás, no se ocultaban á los Santos Padres los grandes peligros que hay en la lectura de los paganos. San Jerónimo ha declarado elocuentemente, en una de sus cartas al Papa San Dámaso, la precaución con que él lo hacía, tomando de ellos lo que podía servir para la defensa de la Religión y desechando lo superfluo y nocivo; después de haber citado el pasaje del *Deuteronomio* en el

que se mandó á los israelitas que ántes de recibir á una mujer extranjera se la rayera el pelo y las uñas, dice así: «Itaque et nos... quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiæ sæcularis, si quid in eis utile reperimus, ad nostrum dogma convertimus: si quid vero superfluum de idolis, de amore, de cura sæcularium rerum, hæc radimus, his calvitium inducimus, hæc in unguium morem ferro acutissimo desecamus.» El mismo consejo da San Agustín; y San Basilio es entre todos quien mejor ha enseñado en su preciosísima homilía *Ad adolescentes*, la cautela y recto fin con que han de leerse los autores paganos: «Quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis quid etiam contemni oporteat.» Estos son los dos puntos, en que divide su bella composición (1).

Aun con todas estas precauciones deben ser muy sóbrios en esa lectura los que apenas tendrán el tiempo necesario para estudiar las Sagradas Letras; y aquí es oportuno recordar lo que decía San Jerónimo al referir el terrible castigo que habia sufrido por su excesiva afición á los escritos clásicos del paganismo: «Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Maro? cum Apostolo Cicero?»

Infiérese de cuanto dejamos expuesto que el orador cristiano puede encontrar mucho de bueno para el acer-

(1) Oigamos al mismo Bossuet cómo dirigia al Delfín en la lectura de los clásicos paganos: «In his vero, auctoribus perlegendis, nunquam ab instituto nostro discessimus, quo pietatem simul, morumque doctrinam, ac civilem prudentiam traderemus. Gentilis theologiæ religionisque fabulas et infanda mysteria, documento esse quam alta calligine per sese homines mersi degerent; politissimas quasque gentes, ac civilis sapientiæ consultissimas, Aegyptios, Græcos, Romanos, easdem in summa rerum divinarum ignorantia versatas, absurdissima portenta coluisse; neque ex his unquam nisi Christo duce emersisse; hinc veram Religionem, divinæ gratiæ totam esse tribuendam... Moralem vero doctrinam non alio ex fonte quam ex Scriptura, Christianæque Religionis decretis, repetendam, ostendimus; neque committendum, ut qui pleno flumine irrigari possit, turbidos rivulos consecetur. Neque eo secius Aristotelis moralia persecuti sumus, quibus ad junximus Socratica illa mira et pro tempore sublimia dogmata, quæ et fidem ab incredulis, et ab obduratis ruborem exprimerent. Interim docebamus, quid in horum decretis christiana Philosophia reprehenderit, quid addiderit; probata vero, qua auctoritate firmarit, qua doctrina illustravit, ut philosophicam gravitatem tantæ sapientiæ comparatam, meram esse infantiam confiteri oporteret.» (Bossuet, en su carta á Inocencio XI, que se encuentra en el tomo primero de su *Politica sagrada*; París, 1714.)

tado desempeño de su ministerio en los escritos profanos, y aun en los del paganismo, y fué discreto y loable el uso que de estos últimos hicieron los Santos Padres; pero en esta parte no estamos obligados á seguir su mismo camino, porque no son las mismas las circunstancias de estos tiempos y las de aquéllos; por tanto, debemos ser sóbrios en esa lectura y sumamente parcos para citar en el púlpito pasajes de los libros paganos; además de esto añadiremos que la juventud no debe aventurarse á tales estudios sino bajo la dirección de virtuosos y discretos profesores. Con gusto copiaríamos aquí, si no fuese larga, la historia que refiere San Juan Crisóstomo de un joven educado por un sábio pedagogo; pues en ella aprenderían los jóvenes el interés y asiduidad con que deben aplicarse á la práctica de la virtud y al estudio de la palabra divina, y cuán secundario es para ellos, aunque no les está prohibido, el estudio de la literatura y elocuencia profanas. «Tempus autem omne lectione Sanctorum Librorum transigebat. Cum enim acri ad disciplinas ingenio esset, externæ eruditioni modicam diei partem, insumebat, reliquum vero temporis precibus frequentibus librisque divinis deputabat.»

LECCION X.

De la rectitud de intencion.

La palabra INTENCION, derivada del verbo latino INTENDERE, significa la voluntad deliberada de conseguir algun fin: aquí se combinan la atención del entendimiento á un objeto, y la voluntad efectiva de conseguirle: la intencion que no se aparta del fin, filosóficamente hablando, es recta; la que se desvía de él se llama torcida: en el primer caso, el hombre procede con acierto y alcanza su fin, si causas exteriores no lo impiden; mientras que en el segundo las operaciones son desconcertadas, y no puede llegar al fin propuesto; del mismo modo que el caminante extraviado no puede arribar al término de su viaje si no entra de nuevo en la senda que conduce á él.

El que se dedica al ministerio de la predicacion debe reflexionar sobre esta doctrina, que no por ser tan clara y sencilla carece de mucho interés; pues, como dice el